

El rescate de las voces de las guerrilleras centroamericanas: un asunto de mujeres

Rescue of the voices of the central american *guerrilla*:
a matter of women

Teresa Fallas Arias

Universidad de Costa Rica

Resumen

Durante las dos últimas décadas del siglo xx, los testimonios femeninos colectivos publicados en Centroamérica, han sido escasamente estudiados. En esta exploración analizo *Todas estamos despiertas* (1980) de Margaret Randall, *Y la montaña habló* (1997) de Las Dignas, y *Nuestras utopías: mujeres guatemaltecas del siglo xx* (1998), editado por Norma Stoltz. El rescate de las voces de las guerrilleras es un asunto de mujeres porque en los relatos testimoniales se involucran narradoras, transcriptoras y editoras, ansiosas por reivindicar las experiencias revolucionarias femeninas.

Palabras clave

Testimonios, guerrilleras, género

Abstract

During the last two decades of the 20th century, the collective female testimonies published in Central America have been scarcely studied. In this exploration I analyze *All Are Awake* (1980) by Margaret Randall, *And The Mountain Spoke* (1997) by Las Dignas, and *Our Utopias: guatemalan women of the twentieth century* (1998), edited by Norma Stoltz. The rescue of female warrior voices is a matter of women because the testimonial accounts involve narrators, transcribers and publishers eager to claim women's revolutionary experiences.

Key words

Testimonies, female soldiers /warriors, gender

Introducción

La experiencia de las mujeres no es algo unívoco e idéntico, ni en su evolución ni en sus resultados; la “diferencia” se resuelve en realidad en una infinita variedad de diferencias, innumerables individualidades que no pueden encerrarse en una sola definición, una sola imagen, un solo texto.”

PATRICIA VIOLI, *El infinito singular*, p. 156.

Siendo escasamente estudiados los testimonios femeninos colectivos publicados durante las dos últimas décadas del siglo xx en Centroamérica, analizo en esta exploración las obras *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy* (1980), editada por Margaret Randall; *Y la montaña habló* (1997), publicada por Las Dignas; y *Nuestras utopías: mujeres guatemaltecas del siglo xx* (1998), editada por Norma Stoltz. Estos textos reúnen las experiencias revolucionarias de algunas guerrilleras nicaragüenses, salvadoreñas y guatemaltecas, vivencias que adquieren el carácter colectivo al ser recopiladas por las transcriptoras, quienes se encargaron de elaborar los cuestionarios, aplicarlos y publicar los testimonios.

En este acercamiento, vislumbro que el rescate de las voces de las insurgentes centroamericanas es un asunto de mujeres porque, mientras los académicos provenientes de los centros metropolitanos percibieron el testimonio como una representación de formas de resistencia y de lucha política y se dedicaron a teorizar, las académicas se aventuraron a reivindicar las voces de las guerrilleras en la región. El desinterés-desencanto de los académicos por la literatura testimonial, sobrevino cuando dejaron de percibir “con la misma euforia sus posibilidades transformadoras” (Beverley, 2000: 27) y se intensificó con la célebre polémica Menchú/Stoll, debate en el cual se empantanaron por un largo período. La transición entusiasmo-desencanto se observa en las revelaciones expuestas por el académico Marc Zimmerman en el artículo “Medio siglo de sueños, de utopías destruidas”:

No voy a contar qué me llevó a Nicaragua en 1979, pero allí estaba entonces, trabajando con el Ministerio de Cultura, y promocionando el valor del testimonio como un género importante para la revolución sandinista. Diez años más tarde regresé para encontrar que el testimonio se había convertido en una farsa, cuando los dirigentes sandinistas producían volúmenes y volúmenes de textos testimoniales, mientras la guerra en su contra continuaba, y la crisis económica y la cuenta de muertos habían crecido tan rápidamente como se desvanecía el apoyo político del que antes habían gozado (2003: 43).

El distanciamiento de los letrados despejó el camino a las académicas, quienes conscientes de los obstáculos que algunas de las guerrilleras debían sortear para escribir y difundir sus relatos, les brindaron la oportunidad de narrar su propia historia en la cual las revolucionarias pusieron en escena sus participaciones, sus acciones y sus decisiones políticas.

Aunque la relación entre informantes y transcriptoras simula placidez, hubo divergencias debido a que estas últimas propiciaron la homogeneización de las experiencias femeninas; así se comprueba en las declaraciones —reiteradas y algunas veces tediosas— de las guerrilleras nicaragüenses y salvadoreñas. No sucede lo mismo con los relatos testimoniales de las mujeres guatemaltecas por cuanto Stoltz incorporó perspectivas feministas reivindicativas de la diferencia, al vislumbrar que:

el sujeto “mujer” no es una esencia monolítica definida de una vez y para siempre, sino que es más bien el sitio de un conjunto de experiencias múltiples, complejas y potencialmente contradictorias, definido por variables que se superponen tales como la clase, la raza, la edad, el estilo de vida, la preferencia sexual y otras. (Braidotti, 2000: 30)

La disparidad entre transcriptoras e informantes se aprecia, también, en los intentos de las primeras por borrar sus huellas, pese a que intervienen incesantemente en “la organización narrativa del relato, la configuración de la trama, la creación de suspenso, así como el trabajo de la lengua que se lleva a cabo en la redacción del relato” (Vera, 2002: 196). Aunque las académicas usaron, intencionalmente, técnicas novelísticas para despertar el interés en la trama y emplearon procedimientos literarios como prólogos, declaraciones, poemas e introducciones para orga-

nizar los testimonios, la persistente conducción y orientación narrativa resultan fastidiosas, especialmente por el énfasis dado a la sexualidad, a la maternidad y a la pertenencia a organizaciones femenino-feministas, como únicas experiencias femeninas.

De la negociación entre transcriptoras e informantes, las primeras obtuvieron capital simbólico debido a que, como editoras, pudieron “hacerse un nombre, un nombre conocido y reconocido, capital de consagración que implica un poder de consagrar [...] personas (mediante la publicación, la exposición, etcétera.), por lo tanto de otorgar un valor y de sacar los beneficios correspondientes de esta operación” (Bourdieu, 1995: 224). Las informantes, por su parte, lograron posicionarse y potencializarse en puntos de resistencia al poder, desde los cuales testimoniaron sus heroicidades, denunciaron las atrocidades cometidas por los regímenes dictatoriales centroamericanos contra los sectores populares y enjuiciaron, autocríticamente, a los dirigentes que pactaron la paz en Centroamérica sin lograr ninguna conquista.

Conocedoras de la discriminación y la marginalidad de sus comunidades, las informantes indígenas pudieron ratificar en sus testimonios su identidad étnico-cultural al posicionarse como “sujetos etnificados y afirmar este punto de origen para su respectiva zona identitaria” (Arias, 2003:190).

Los testimonios femeninos nicaragüenses: un proyecto de Margaret Randall

Teórica y gestora de la literatura testimonial en Cuba, país donde La Casa de las Américas reglamentó todo lo referente al testimonio, Margaret Randall llegó a Nicaragua gozando de gran prestigio profesional. Comprometida con la Revolución Sandinista, redactó el manual *Qué es y cómo se hace un testimonio* (1979), texto elaborado “para el taller sobre historia oral del Ministerio de Cultura Sandinista” (Beverley y Achugar, 2002: 33), con el que orientó el quehacer de la disciplina en la región y cuyos criterios aplicó en los relatos testimoniales.

En una época en la cual apenas despuntaban los testimonios fe-

meninos privativos en Nicaragua y convertida en autora-autoridad del testimonio, la académica estadounidense recopiló y acaparó, durante dos décadas, las historias de las guerrilleras nicaragüenses.¹ Incondicional a la revolución sandinista, Randall introduce la obra *Todas estamos despiertas*, revelando la deuda que tiene “con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) que —desde mucho antes de la victoria— me ha permitido acercarme a la fuerza motriz de su pueblo heroico” (1985: 9). Por tanto, no es de extrañar su legitimación como transcriptor, al reproducir segmentos de un discurso de Humberto Ortega donde el comandante exalta el papel jugado por las mujeres nicaragüenses en la época de la conquista, tiempo en el cual “se negaban a acostarse con sus maridos para no parir hijos de esclavos” (Randall, 1985: 17), para contrastarlo con la anuencia de reproducirse a partir del triunfo de la revolución, período en el que “las mujeres querían parir más hijos para parir más combatientes” (Randall, 1985: 17). Si bien Randall reflexiona sobre las múltiples experiencias vividas por las mujeres en la insurgencia, no subvierte lo dicho por Ortega, declaraciones que reafirman el sistema de dominación masculino al excluir a las mujeres como creadoras de cultura, para destinarlas al papel de reproductoras.

En la búsqueda de la autorización discursiva Randall recrea, asimismo, las palabras emitidas por el patriarca y héroe nicaragüense Augusto César Sandino, cuando el caudillo elogió la colaboración femenina en la guerra librada por él. Esta sujeción a los discursos de los líderes revolucionarios nicaragüenses evidencia que la académica no intentó reinventar el sitio predestinado a las mujeres, ni logró transgredir el sistema falocéntrico toda vez que revalida la palabra masculina para legitimarse; una palabra con poder de colonizar, someter y “naturalizar” una especie de construcción sociocultural.

¹ En 1977 Charlotte Baltodano Egner publica el testimonio *Entre el fuego y la sombra*, un libro en el que la guerrillera revela el horror vivido por las torturas y las violaciones, mientras es prisionera en las cárceles somocistas. Es posible que la publicación de los diferentes testimonios de Randall impidieran la producción de testimonios privativos femeninos en Nicaragua en las décadas siguientes. Esta sospecha, junto con otras posibles razones inhibitoras de los testimonios personales, las exploré en el artículo en prensa titulado: *La ausencia de testimonios femeninos privativos en Nicaragua: ¿Efecto de las teorías, de los teóricos, del triunfo de la Revolución Sandinista...?*

Escrito al calor del triunfo sandinista, el testimonio *Todas estamos despiertas*, reúne las acciones heroicas de las guerrilleras nicaragüenses junto con las esperanzas y los ideales puestos en la revolución como “el final del machismo” (Randall, 1985: 22). Este anhelo se malogró porque si bien el gobierno sandinista se autodenominó revolucionario, la situación de las mujeres no cambió, permaneciendo éstas relegadas a la condición de objeto. Así se vislumbra cuando los compañeros de campamento descalifican a las guerrilleras al denominarlas

[...] “revolucionarias vaginales”. Servían “para las tareas menores, para lo que en Nicaragua se llamó “la cachimbería”; esto es, para cocinar, organizar las fiestas, para recoger fondos, distribuir los panfletos, apoyar emocionalmente a los compañeros de lucha, pero nunca pensar en las estrategias, hablar en las tribunas, servir de representantes (Rodríguez, 2000: 220).

Es probable que, por la cercanía a la gesta revolucionaria, Randall no pudiera o no quisiera descubrir la exclusión de las mujeres en el gobierno sandinista. Tampoco reveló los abusos sexuales perpetrados por el máximo jerarca, hecho que dos décadas después delatará la escritora nicaragüense Gioconda Belli en *El país bajo mi piel*, texto en el que incrimina a Daniel Ortega por el abuso sexual contra su hijastra Zoilamérica y donde acusa al hermano del gobernante del desalojo de las guerrilleras de las filas revolucionarias pues, “los mandos del ejército —con Humberto Ortega a la cabeza— decidieron que las mujeres sólo ocuparan puestos administrativos” (2001: 342).²

Si en tiempos del triunfo sandinista pareció viable la ansiada emancipación femenina, la liberación se frustró, también, por las disparidades socioculturales entre las mujeres nicaragüenses. Tales diferencias emergen cada vez que confiesan provenir de familias burguesas, campesinas u obreras y cuando pretenden autodefinirse como revolucionarias. Aun-

² En el sitio www.sandino.org/randall.htm, Randall dirige una carta abierta al FSLN, al pueblo nicaragüense y a la comunidad internacional. Además de referirse al apoyo brindado al FSLN, durante muchos años, reconoce haber sabido del abuso sexual de Daniel Ortega sobre su hijastra Zoilamérica Narváez, mientras vivió en Nicaragua entre 1980-1984. Achaca su silencio ante tal abuso a la necesidad que había en ese entonces de apoyar la revolución y a la facilidad con la que se culpaba a la CIA de ese y otros sucesos. La carta, fechada el 2 de abril de 1998, se convierte en una exculpación tardía porque la misma Randall confiesa haber sido abusada, de niña, por su abuelo.

que Randall intentó homogeneizar las experiencias revolucionarias femeninas a través de las interpelaciones, los testimonios recopilados en el texto *Todas estamos despiertas*, muestran que las guerrilleras nicaragüenses estaban conscientes de sus propias diferencias. Las disparidades afloran cada vez que comentan sobre su participación a nivel organizativo o cuando se refieren a su procedencia y pertenencia a distintos estratos sociales, educativos, profesionales, etarios.

Las ex guerrilleras salvadoreñas: pensar la guerra en tiempos de posguerra

Queremos seguir recuperando la memoria histórica de las mujeres durante la guerra, para que no se olvide pero sobre todo, para que no se repita nunca más.
LAS DIGNAS. *Y la montaña habló*, p. 5.

Por haber fracasado la revolución en El Salvador y por la perspectiva histórica debida al paso del tiempo, las ex guerrilleras salvadoreñas —a diferencia de las nicaragüenses— se muestran autocríticas al relatar sus experiencias de guerra. En sus testimonios, narrados en tiempos de posguerra, las excombatientes cuestionan tanto a los firmantes de los acuerdos de paz como a las transcriptoras empeñadas en preguntar, de manera uniforme y reiterativa, sobre temas que ellas quieren dejar atrás en una época en la que están interesadas en la reinserción social después de vivir, durante décadas, en la clandestinidad.

En el testimonio *Y la montaña habló*, publicado en tiempos de desencanto político-ideológico, las ex guerrilleras dejan de lado los comentarios de sus hazañas bélicas para señalar el impacto de la guerra en la sociedad salvadoreña. Incesantemente conducidas a manifestarse sobre las experiencias femeninas en tiempos de guerra, responden casi obligadas a las interpelaciones que, sobre sexualidad, les plantean las transcriptoras para lo cual relatan la promiscuidad sexual, el acoso y las violaciones de los compañeros en los campamentos, las dificultades para poder ubi-

car a los hijos cuando se enrolaron en la insurgencia y las prohibiciones para embarzarse en los campamentos.

Si bien las ex guerrilleras salvadoreñas responden las interrogantes formuladas por las transcriptoras, la búsqueda de estrategias para desquiciar la presión de las letradas se palpa, una y otra vez, cuando eluden manifestarse sobre el feminismo y las organizaciones femeninas o critican el sinsentido de alguna mujer que habla de teorías feministas, mientras se mantiene “lavando y planchando, el hombre acostado, la humilla, no hay un cambio interno que es realmente lo que nosotros necesitamos” (Las Dignas, 1997: 76). Cuestionan, asimismo, las corrientes extremistas en las que se mueven algunas organizaciones femeninas que acusan al varón de ser el principal problema en la sociedad, sin percatarse que la cuestión es estructural. Censuran, además, a ciertas organizaciones por no capacitar a la mujer “para dejar de ser sumisa, dejar de estar pensando en que no tenemos que disfrutar el sexo, que sólo servimos para estar embarazadas” (Las Dignas, 1997, 76). Por desconocer los fines y objetivos de las organizaciones femeninas, muchas de las acusaciones de las ex guerrilleras salvadoreñas muestran los prejuicios y estereotipos registrados en la sociedad, sin embargo, en algunos casos tienen conciencia sobre el papel que les compete jugar a mujeres y varones, para lograr conquistas equitativas.

El empeño del colectivo Las Dignas, para que las ex guerrilleras se pronuncien respecto a las organizaciones femeninas, se debe a que esta ONG, autodenominada “Mujeres por la Dignidad y la Vida”, se estableció en El Salvador con el propósito de organizar a las mujeres. De ahí el interés de este colectivo por preguntar sobre la temática organizativa feminista, énfasis que por momentos vuelve tediosa la lectura del testimonio *Y la montaña habló*, debido a la cantilena de las excombatientes que confiesan, una y otra vez, desconocer lo que proponen o hacen tales entidades.

Encubiertas en el anonimato, después de años de clandestinidad, el interés de las excombatientes gira alrededor de las dificultades para reinsertarse en la sociedad salvadoreña una vez firmados los Acuerdos de Paz, negociaciones de las que fueron marginadas y excluidas por los di-

rigentes debido a que, según sus palabras, “todo se hizo a nivel de dirección, de comandancia general, ellos tuvieron la decisión y la tomaron; a nadie le preguntaron, no los consultaron y tampoco los explicaron” (Las Dignas, 1997: 34).

Las ex guerrilleras salvadoreñas se saben utilizadas y desatendidas porque, según afirman: “después de los acuerdos no se le ha dado seguimiento a la gente para ver de qué manera se le ayuda [...] Las dirigencias se han alejado mucho de las bases” (Las Dignas, 1997: 75). También lamentan no haber “alcanzado ni una décima parte de los objetivos que queríamos lograr cuando empezó la guerra” (Las Dignas, 1997: 34), y les duele “que tanta gente hubiera muerto para venir a terminar con un partido dividido” (Las Dignas, 1997: 35).

A pesar de las recriminaciones hechas a la dirigencia del FMLN, los testimonios no claudican de los principios e ideales revolucionarios, conscientes de que la búsqueda del “bienestar del pueblo y la justicia [...] se mantienen” (Las Dignas, 1997: 75). Sin embargo, se manifiestan desencantadas al reconocer la carencia de transformaciones estructurales en la sociedad salvadoreña, durante y después de firmados los Acuerdos de Paz y al constatar que aún persiste: “toda la problemática por la cual comenzamos la guerra” (Las Dignas, 1997: 75). Algunas reconocen que la guerra les otorgó cierta libertad, de la que no habían gozado hasta ese período, pero lamentan que el *hombre nuevo* nunca emergiera porque, durante “la revolución los hombres eran tan machistas y tan utilitaristas como cualquier hombre en cualquier otro lado, que no había ninguna diferencia” (Las Dignas, 1997: 34). De ello deriva el desencanto político-ideológico de las excombatientes ante una guerra que desangró la sociedad salvadoreña, sin que se produjeran las conquistas por las que lucharon durante tanto tiempo.

Las mujeres guatemaltecas: entre utopías, resistencias y exilios

*Es importante rescatar la historia
de las mujeres guatemaltecas,
en primer lugar, porque es una parte
oculta de la historia del país en general.
Las mujeres han estado presentes siempre:
sin embargo, están ausentes en los textos,
en la mayoría de la historia.*
STOLTZ, 1998, p. 349.

Desencantadas de las escasas conquistas después de tantos años de lucha se muestran, también, las mujeres relatoras de sus experiencias revolucionarias en *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX*, libro donde Norma Stoltz “recupera parte de la memoria histórica de la participación de las mujeres en Guatemala” (1998: 7). En esta obra la transcrip-tora reúne los testimonios de algunas participantes en distintos movi-mientos sociales de gran trascendencia en la historia de ese país; sucesos ocurridos entre 1944 y 1990.

Publicado quince años después de lo proyectado, en este texto Stoltz logra rescatar no sólo las voces de algunas guerrilleras, sino las de otras mujeres que lucharon en diferentes épocas contra las tiranías. En este testimonio se entretajan las “voces de mestizas e indígenas, de viejas y jóvenes, de las de la ciudad y del campo, de las estudiantes y profesiona-les, nacionales y extranjeras” (Stoltz, 1998: 8). Todas ellas cuentan sus propias historias dejando traslucir, polifónicamente, las voces de otras mujeres incorporadas a las ligas campesinas y a diversas asociaciones, entidades en las cuales reflexionan sobre los problemas que aquejan a la sociedad guatemalteca.

Si en algunos de los testimonios de las indígenas guatemaltecas el autoconocimiento étnico es diáfano, más lúcida es la conciencia que manifiestan sobre la explotación, la represión y la discriminación, abusos sufridos por sus etnias y por los ladinos desposeídos, un sector con el cual hacen causa común en los movimientos populares de su país.

En contraste con los testimonios que recopilan las vivencias de las guerrilleras nicaragüenses y salvadoreñas, en *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo xx*, Stoltz dedica espacio a los datos biográficos de todas y cada una de las entrevistadas. De estas referencias emergen profundas diferencias entre ellas en lo concerniente a la profesión, la clase, la etnia, la edad y la participación político-ideológica en distintos períodos conflictivos de la historia guatemalteca. Las diferencias afloran también en la nacionalidad, porque la académica incorpora a alguna mexicana, como si las fronteras guatemaltecas se ensancharan aspirando incorporar a las participantes foráneas en los movimientos nacionales.

Las diferencias surgen además cuando las mujeres narran sobre su exilio y des-exilio por cuanto el destierro es una experiencia común entre las mujeres comprometidas con las luchas populares guatemaltecas. Es la única ruta para salvar la vida después de luchar contra la dictadura de Jorge Ubico, en los años cuarenta, y contra las tiranías que se turnan en el poder hasta la década de los noventa, después de un breve respiro democrático durante los gobiernos de Arévalo y Arbenz.

De la expatriación, todas las mujeres guatemaltecas saben que enfrentaron y resistieron la violencia sobre sus cuerpos, el abuso de los tiranos y las masacres perpetradas por el ejército. Algunas de los testimonios escriben su relato desde México, patria de las mujeres desterradas si consideramos que, desde los años cuarenta del siglo xx, esta nación acogió a las mujeres provenientes de todos los rumbos que ansiaban libertad.

En los numerosos relatos testimoniales reunidos por Stoltz, participan mujeres provenientes de sectores sociales urbanos y campesinos. Están aquellas que destacan como fundadoras de ligas y alianzas feministas, las que se incorporaron en los movimientos sociales rurales, o quienes se enrolaron en la insurgencia aspirando obtener conquistas sociales, económicas y políticas para el pueblo guatemalteco. Todas son conscientes del papel sociocultural que jugaron al combatir no sólo a las tiranías y sus iniquidades, sino al machismo: un precepto patriarcal que, como afirma una de las informantes, “significa nuestra posición de inferioridad en la sociedad. Pero también en el quehacer revolucionario” (Stoltz,

1998: 107). De ahí la defensa del feminismo, no como propiedad de las mujeres sino como “una concepción del mundo que todos deberíamos asumir, que debería formar parte de nuestras ideas” (Stoltz, 1998: 347).

Aunque desencantadas con los movimientos revolucionarios, las mujeres no claudican de sus ideales porque las injusticias —por las que se enlistaron en la insurgencia— se mantienen. Por eso no es extraño que sigan anhelando transformaciones estructurales en la sociedad guatemalteca; cambios por los que combatieron en diferentes períodos y desde distintos frentes. Tampoco se arrepienten del sacrificio que implicó el enfrentamiento, la persecución y el exilio porque reconocen que, la “lucha por la libertad y la dignidad de nuestros pequeños pueblos tiene un precio indescriptible en vidas, renunciadas, esfuerzos y sufrimientos colectivos” (Stoltz, 1998: 259).

Desde el umbral

Críticas de las dictaduras, expatriadas, heroínas de la revolución, autocríticas de la insurrección, idealistas revolucionarias o desencantadas política e ideológicamente, las mujeres centroamericanas trazan en sus relatos testimoniales un mural heterogéneo y pluricultural. Se vuelve imposible homogeneizar las historias femeninas de los testimonios, pese a la conducción ejercida por las transcriptoras, como se percibe especialmente en los testimonios nicaragüenses y salvadoreños. Textos en los que las gestoras parecen haber realizado las entrevistas con perspectiva de género, pero ignorando las teorías feministas de la diferencia. En ambos casos, las académicas aceptaron las prácticas de pensamiento históricamente establecido, eludiendo la condición histórica de las mujeres con propósitos de reinención. No consideraron ejes de diferenciación entre las experiencias femeninas, por lo que las guerrilleras se vieron compelidas a explorar, desde el margen, distintas estrategias para poder sortear el guión homogeneizador impuesto por las letradas; tácticas que ponen en juego y en escena cada vez que se narran o escriben.

Aunque los testimonios se analizan de manera conjunta, las discordancias entre unos y otros son abismales. Si por un lado, Margaret Randall recibió el patrocinio de la editorial mexicana siglo XXI y el apoyo ofi-

cial del FSLN, por cuanto su testimonio legitimó el triunfo sandinista al glorificar a los caudillos y a las heroínas de la revolución, las académicas que publican dos décadas después, en El Salvador y en Guatemala, no corrieron la misma suerte. El fracaso de la revolución en estos países y el desinterés hacia la literatura testimonial, por parte de la academia metropolitana, entorpecieron el accionar de las transcriptoras quienes, sin el apoyo oficial y editorial, recurrieron a distintos grupos de mujeres para poder publicar sus obras.

El mismo asunto sucedió con el colectivo Las Dignas quienes, para publicar el testimonio *Y la montaña habló*, recurrieron al colectivo de mujeres *El Carmelo*, asociación con sede en Barcelona. Otro tanto le ocurrió a la académica estadounidense Norma Stoltz, quien tuvo que buscar el apoyo editorial de la agrupación de mujeres *Tierra Viva* para poder editar su obra; una publicación reimpressa de manera descuidada como se comprueba en la fe de erratas, sección con más de quinientos errores. El apoyo monetario brindado por las diferentes asociaciones de mujeres a Stoltz y al colectivo Las Dignas, para editar los libros, reafirma que el rescate de las voces de las guerrilleras centroamericanas es un asunto de mujeres, intuición con la cual se abordó la exploración de los testimonios colectivos femeninos en Centroamérica

Si Randall acaparó la literatura testimonial femenina en Nicaragua e inhibió —durante décadas— la escritura privativa de las guerrilleras nicaragüenses, las gestoras de los testimonios colectivos en El Salvador y en Guatemala no monopolizaron los relatos testimoniales al impulsar la escritura privativa de las informantes. Antes y después de las publicaciones colectivas aparecieron testimonios personales de ex guerrilleras guatemaltecas como *Mujeres en la alborada* (1998), de Yolanda Colom; un libro promovido por Stoltz, iniciativa que reconoció y agradeció la ex guerrillera en el prólogo de su obra, al comentar que la académica le hizo “ver el valor humano, social y político de dar a conocer algo de mi experiencia de ciudadana y revolucionaria guatemalteca. Partes completas de este trabajo son respuesta a sus inquietudes e interrogantes” (1998: I). Del libro de Stoltz también germinó la autoetnografía *Ese obstinado sobrevivir* (2000), obra de Aura Marina Arriola en la cual la antropóloga y

etnóloga guatemalteca relata sus experiencias guerrilleras.

Independientemente del libro de Stoltz, han aparecido relatos testimoniales privativos como *Kal B'op* (2001), donde la indígena *ixil* Engracia Reyna Caba, cuenta los horrores de la guerra en Guatemala. El testimonio narra el arrasamiento de las aldeas por parte del ejército represor y las violaciones cometidas contra las mujeres; en especial contra ella y sus hermanas. Además, testimonia la incorporación de los pobladores de distintas etnias indígenas al movimiento revolucionario como estrategia de resistencia contra las tiranías guatemaltecas.

Si el uso de seudónimos por parte de las insurgentes salvadoreñas pudo deberse a una táctica para incorporar a otras excombatientes anónimas, tal estrategia se convirtió en un artificio invisibilizador, debido a que el anonimato de las guerrilleras en *Y la montaña habló*, impide observar si de este testimonio colectivo han surgido relatos privativos en El Salvador. Sí se puede afirmar que el libro editado por Las Dignas no inhibió los testimonios personales porque, junto con este texto, aparecieron otros testimonios como el de Rosa Ayala Sosa, titulado *Del odio al amor: habla una niña de la guerra en El Salvador* (2001), en el cual la autora, desde la perspectiva de una niña, relata-dibuja los horrores de la guerra. Relato fragmentado por cortas narraciones y por dibujos con escenas dantescas, el testimonio de Ayala describe los bombardeos, las vejaciones, las violaciones y las matanzas cometidas por el ejército contra las poblaciones salvadoreñas.

En esta exploración de los testimonios colectivos femeninos en Centroamérica he intentado demostrar que el rescate de las voces de las guerrilleras es un asunto de mujeres. Son las académicas y las informantes quienes escriben y narran las vivencias revolucionarias en tiempos de guerra y de posguerra en la región. Y son mujeres, también, las que aportaron el capital para publicar dos de los testimonios analizados.

Las escrituras testimoniales femeninas en Centroamérica no son un capítulo cerrado. Aunque la academia estadounidense parece no querer saber más sobre este tipo de literatura, es indudable que las mujeres involucradas en los movimientos insurgentes centroamericanos, tienen aún mucho que contar de sus experiencias guerrilleras y de las nuevas lu-

chas que continúan efectuando, por una sociedad centroamericana donde impere la justicia, una sociedad inclusiva en la que se respete la pluriculturalidad y se celebren las diferencias. ■

Recepción: Enero de 2011
Aceptación: Mayo de 2011

Teresa Fallas

Correo electrónico: tefallas@gmail.com

Costarricense. Doctora interdisciplinaria en Letras y Artes. Es profesora asociada de la Universidad de Costa Rica y socia fundadora de la Asociación de Literatura comparada de Centroamérica y el Caribe. (ALICAC). Investigadora de Historia de la Literatura de Mujeres de América Central, Proyecto del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, México. Su línea de investigación es: Literatura de Mujeres desde perspectivas feministas, de género y los temas identitarios.

Bibliografía

- Arias, Arturo (2002). La controversia en torno a Rigoberta Menchú. En: *Primer Coloquio Internacional sobre Literatura y Testimonio en América Central*. San Salvador: Editorial de la Universidad de El Salvador.
- Arriola, Aura M. (2000). *Ese obstinado sobrevivir*. Antigua Guatemala: Ediciones El Pensativo.
- Ayala, Rosa (1997). *Del odio al amor: Habla una niña de la guerra en El Salvador*. San José: CIEP.
- Baltodano, Charlotte (1988). *Entre el fuego y la sombra*. Managua: CIRA.
- Belli, Gioconda (2001). *El país bajo mi piel*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Beverly, John (1994-1995). *Post-literatura*. En: Nuevo Texto Crítico, VII, Julio 1994-junio 1995, No. 14/15 *Crítica literaria hoy. Entre las crisis y los cambios: un nuevo escenario*. Stanford: Stanford University, California.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Braidotti, Rosi (2000). *Sujetos nómades*. Argentina: Paidós.
- Caba, Engracia (2001). *Kal B'op. Relato testimonial*. Guatemala: Comisión de Asuntos

- Políticos de la Mujer de URNG.
- Colom Yolanda (2000). *Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978*. Guatemala: Artemio y Edinter.
- Las Dignas (1997). *Y la montaña habló*. El Salvador, Mujeres por la Dignidad y la Vida.
- Randall, Margaret (1985). *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy...* México: Siglo veintiuno editores.
- Randall, Margaret (2002). ¿Qué es y cómo se hace un testimonio? En: Beverley, John y Achugar, Hugo. *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro.
- Rodríguez, Ileana (2000). La puesta en escena del cuerpo erótico del poder: Instancias reflexivas del post-feminismo y su incidencia en la vida pública. En: Zavala, Iris (Comp.). *Feminismos, cuerpos, escrituras*. España: La página ediciones.
- Stoltz, Norma (1998). *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX*. Guatemala: Agrupación de Mujeres Tierra Viva.
- Vera, Antonio (2002). Hacer hablar: la transcripción testimonial. En: Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores). *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro.
- Violi, Patrizia (1991). *El infinito singular*. Madrid: Cátedra.
- Zimmerman, Marc (2003). Medio siglo de sueños de utopías destruidos. En: *Primer coloquio Internacional sobre literatura y testimonio en América Central*, San Salvador: Editorial de la Universidad de El Salvador.